

REIVINDICACIONES SOCIALES Y NO VIOLENCIA

Históricamente ETA ha aprovechado el planteamiento y ejecución de grandes proyectos estratégicos que suscitan debate y confrontación de intereses para intervenir, militarizando las reivindicaciones ciudadanas. Si a principios de los años 90 ETA se valió del proyecto de la autovía de Leizaran para actuar brutalmente, distorsionando el debate social y, lo que es más grave aún, atentando contra personas, empresas y bienes materiales que en alguna medida participaban en dichas obras, actualmente su amenaza y coacción están latentes en el contexto de la ejecución del Tren de Alta Velocidad en Euskadi.

Ante el afloramiento de este nuevo conflicto, ETA no ha dejado pasar la oportunidad de intentar volver a erigirse como defensora de la ecología y de un desarrollo equilibrado y sostenible. Frente a esto, resulta paradójico que ETA se autoproclame la abanderada de reivindicaciones ecologistas y causas sociales, cuando en la práctica se convierte en un agente letal, que ataca directamente a los ciudadanos y ciudadanas y contamina cualquier reivindicación en la que intenta intervenir.

Qué duda cabe de que en democracia es posible discrepar de las decisiones adoptadas por las instituciones representativas y mantener opciones o proyectos minoritarios. Pero hay que recordar que en un sistema democrático hay un límite infranqueable: toda reivindicación y toda discrepancia debe ser planteada utilizando vías pacíficas y democráticas.

En consecuencia, si no hacemos una apuesta firme por estas vías y no nos posicionamos claramente en contra de la violencia, siempre correremos el riesgo de que ésta subordine a su propia lógica cualquier otra lógica. Cuando ETA entra en juego provoca una transformación radical en el escenario del conflicto; su intervención y su amenaza generan terror y víctimas, alteran radicalmente los contenidos y condiciones de cualquier debate, y dejan fuera de juego a los movimientos sociales que hasta ese momento eran protagonistas de la reivindicación. Y ante esta intervención no hay neutralidad posible.

Por otro lado, justificar el uso de la violencia en base al planteamiento de que los medios pacíficos y democráticos no son suficientes para reivindicar algo es absolutamente inaceptable en la sociedad en la que vivimos. No debemos confundir la existencia de democracia con el triunfo de unos planteamientos. El hecho de que las propuestas de un colectivo determinado no prosperen, no puede esgrimirse como indicador de un supuesto déficit democrático. Las decisiones democráticas son decisiones que cuentan con respaldos mayoritarios, y ello les confiere legitimidad –aunque en ocasiones nos parezca que no son decisiones verdaderas ni justas-, y una vez adoptadas, frente a ellas sólo cabe el recurso a la reivindicación pacífica.

A veces quien defiende una propuesta lo hace desde una situación de debilidad, con medios escasos para dar a conocer a la opinión pública su postura, y con pocas posibilidades de que su planteamiento prospere. Pero la opción por las vías pacíficas y democráticas no puede hacerse depender de la mayor o menor posibilidad de sacar adelante una demanda. De la misma manera es inaceptable recurrir a la violencia para forzar una supuesta situación de diálogo. En democracia, la fuerza sólo se traduce en imposición, y un diálogo que surja de la imposición violenta es tan sólo una parodia.

A día de hoy seguimos jugándonos demasiadas cosas como para mantenernos pasivos ante la amenaza terrorista. En primer lugar, nos estamos jugando vidas humanas, ante lo que hay que exigirle a ETA que abandone los asesinatos y las amenazas de forma definitiva. Nos estamos jugando también un modelo de organización social: no podemos aceptar que los conflictos sociales se aborden desde la amenaza violenta, dentro de un esquema absolutamente totalitario. Y nos estamos jugando, además, la misma posibilidad de articular movimientos sociales fuertes, activos, socialmente legitimados, que empujen hacia la consolidación de una democracia más participativa, basada en las instituciones representativas pero no reducida a éstas.

ETA debe desaparecer ya. Nadie debería ofrecerle un gramo de oxígeno para que siguiera existiendo, y por ello animamos a todas las organizaciones sociales a que denuncien con claridad las intervenciones de ETA en los ámbitos de su actividad, como condición de posibilidad para que sus reivindicaciones sean percibidas por la sociedad sin el obstáculo que supone el chantaje de la violencia terrorista.

Desde Gesto por la Paz insistimos en que no podemos permitir que ETA usurpe nuestro derecho a ser protagonistas en la resolución de los problemas de nuestra sociedad. No queremos salvadores, menos aún si recurren a la violencia. Estamos contra la militarización de las reivindicaciones ciudadanas y a favor de la resolución cívica y democrática de los conflictos.

Maite Leanizbarrutia Biritxinaga
Gesto por la Paz